

Globalización
y cristianismo
de cara al siglo XXI (I y)

Un par de desafíos desde la perspectiva de un emigrante latinoamericano

OTTO MADURO

Sería demasiado arrogante creer que uno tiene la capacidad de ver y exponer "los" desafíos que los cristianos confrontan en estos tiempos en nuestro planeta y más aún los que nos esperan al inicio del próximo milenio. Como los feminismos y las teologías de la liberación nos han enseñado (bastante antes de que se pusiera de moda la etiqueta del "posmodernismo"), lo más que podemos pretender es el derecho de decir lo que es perceptible desde la propia perspectiva -perspectiva que es siempre, simultáneamente, individual y colectiva-

Permitaseme, entonces, expresar un par de entre los muchos retos que me parecen nos esperan a los cristianos a la vuelta de la esquina de este milenio que concluye, al menos como los mismos retos lucen a mis ojos: los de un hombre nacido en 1945 y criado en el Caribe de habla castellana, caraqueño, católico divorciado y vuelto a casar, emigrante que pasó los 70 estudiando en Europa, los 80 enseñando a lo largo de las Américas, y en los 90 vive y enseña en los E.U.; co-progenitor de un hijo nacido en 1995; hijo, hermano, discípulo, amigo, colega y marido de feministas, profundamente cuestionado por las luchas de los oprimidos (especialmente los pobres, los niños, las mujeres, los indígenas, los negros, las lesbianas y los gays del llamado Tercer Mundo); profundamente marcado -incluso intelectualmente- por las respuestas ante la opresión de un amplio abanico de movimientos igualitarios de liberación, dentro y fuera de las iglesias cristianas.

La globalización puede ser entendida como el proceso de creciente interconexión, influencia recíproca e interdependencia de las diferentes comunidades humanas que pueblan la tierra, así como de las diferentes regiones y especies presentes en el planeta.

Como tal, este proceso puede ser tan viejo como la humanidad misma, si no más. Empero, una etapa extraordinariamente significativa del mismo se ha tornado indeleble en la memoria de África, Asia y las Américas como inicio, para nosotros, de tal proceso: la invasión europea de nuestros continentes cinco siglos atrás (*), imponiéndole a la fuerza, entre otras cosas, la fe cristiana a los sobrevivientes de una empresa que aniquiló cerca de 90 millones de personas y más de mil culturas en apenas los dos primeros siglos de "globalización" de Europa y sus iglesias cristianas. África y las Américas es donde vive hoy la mayoría de los cristianos, y también donde las iglesias cristianas -viejas y nuevas- crecen hoy más rápido.

Este viejo proceso de globalización se ha caracterizado en años recientes, entretanto, por una aceleración sin precedentes -perturbando las creencias, ideas, expectativas y costumbres de un número creciente de instituciones, grupos, comunidades y personas a escala planetaria.

Cuatro catalizadores cruciales de la globalización

A este nuevo ritmo de los procesos de globalización contribuyen, sin duda, los factores siguientes:

- 1** El desarrollo de nuevas tecnologías de la información y la comunicación (con una capacidad en aumento de localizar y distribuir cantidades cada vez mayores de información, en una floreciente red de usuarios, a velocidades crecientes y precios decrecientes.
- 2** La caída, primera y principalmente, de la U.R.S.S. y sus satélites, así como de la mayor parte de los regímenes políticos, económicos y militares que aún escapaban a las directrices de las potencias capitalistas noratlánticas (abriendo así, por una parte, nuevas fuentes de mano de obra y materia prima baratas, así como nuevos mercados para esas potencias y las empresas multinacionales conectadas con ellas; y reduciendo así, por otra parte, la capacidad de negociación de las naciones del Tercer Mundo y de la Europa Oriental.
- 3** El ascenso y la consolidación de empresas transnacionales extremadamente poderosas -industrias, bancos, comercios, etc.- capaces de explotar al máximo tanto los recursos como las debilidades de la mayor parte de las repúblicas, regiones y regímenes del globo, y, por lo mismo, capaces de definir e imponer reglas globales para el comercio y las finanzas con el concurso del Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, y las potencias noratlánticas (reglas que implican, demasiado a menudo, la eliminación de tradiciones y medidas destinadas a proteger la calidad de vida de trabajadores, niños, mujeres, ancianos, minorías, familias, comunidades y culturas tradicionales, el medio ambiente, empresas locales y/o mercados nacionales).

4 En fin, pero no menos importante en lo absoluto, la producción y diseminación de una "ideología de la globalización", según la cual todo este complejo y ambiguo conjunto de procesos sociales sería un solo proceso natural, universal e inevitable, que llevaría ineluctablemente al mejor de todos los mundos posibles en cada región y país del orbe -una especie de destino irresistible que ninguna persona, institución o comunidad humana sensata, razonable y confiable podría ni debería cuestionar en lo más mínimo, so pena de correr las consecuencias de la ignorancia culpable, la enfermedad mental o el delito.



I. FACETAS DESTRUCTIVAS DE LA GLOBALIZACIÓN

Las dinámicas están ya en movimiento y desarrollan una velocidad hasta hoy desconocida: las diversas comunidades humanas, al igual que las distintas regiones y especies vivientes en nuestro planeta, se interrelacionan progresivamente en una multitud de dimensiones, se vuelven cada vez más interdependientes y se influyen mutuamente de modo creciente.

Contradicciones del proceso de globalización

Las consecuencias de tales dinámicas, sin embargo, no son las mismas para todas las partes implicadas en ellas, ni tiene tampoco cada participante la misma capacidad de decisión sobre tales repercusiones, ni los mismos recursos para aprovechar o evitar las implicaciones de esos procesos (**).

Lo que para una región constituye, por ejemplo, una sensata política de reciclaje que contribuye a mejorar su calidad de vida, puede a menudo significar el aumento de la contaminación

para otra región con los desechos de la primera. Mientras para los gobiernos nortatlánticos es relativamente factible decidir cómo, cuándo y dónde implementar medidas graduales de privatización, descentralización, etc., que pueden afectar hondamente las vidas de muchos de sus ciudadanos más vulnerables, los gobiernos del Tercer Mundo están casi enteramente a merced de agencias extranjeras en las mismas áreas. Lo que para las élites de un país puede implicar ganancias mayores y mayor poder, es demasiado a menudo logrado al precio de empleos, seguridad

y recursos educativos y sanitarios para la mayor parte de las familias de la misma nación.

La devaluación de la moneda dictada por el FMI a una nación del Tercer Mundo, la caída de los precios del café o de las bananas en los mercados mundiales, la fusión de un par de las 500 empresas estadounidenses más ricas, o la eliminación de tarifas aduanales para ciertos productos importados del Norte al Sur... todos y cada uno de estos procesos se traducen casi inevitablemente en alzas de las tasas de mortalidad infantil, desempleo, homicidios, suicidios y violaciones en varias regiones del globo.

Ganadores y perdedores de los procesos de globalización

Parte integral de la globalización en curso son, sin duda, tecnologías de la información y la comunicación crecientemente sofisticadas, un empuje notable de la productividad y las ganancias para las industrias y comercios más adelantados del mundo, un flujo mayor y más acelerado de capitales a lo largo y ancho del planeta, medios de transporte más rápidos y baratos a escala mundial, renovados estímulos para la creatividad y la imaginación, contactos multiplicados entre todas las razas y culturas del planeta, y así por el estilo.

Entretanto, no menos inherentes al proceso de globalización son, asimismo, la reducción masiva del porcentaje de niños -y de adultos, también- con acceso a la educación, a la salud, la vivienda, o ni siquiera a algo que parezca una familia; un alza significativa en la cantidad y la proporción de los desempleados, los subempleados, los pobres y los desamparados en la inmensa mayoría de los países y ciudades del mundo entero; migraciones internas forzadas y emigraciones al exterior de grandes cantidades de gente (especialmente de las áreas "más pobres" a las "más ricas") en búsqueda de mejores condiciones de vida; la frustración sistemática de los esfuerzos y expectativas de la mayoría de pueblos y naciones enteras; la intensificación del nacionalismo, el fanatismo, la intolerancia y el racismo en un número creciente de regiones del orbe -incluyendo una escalada en el número y la violencia de guerras civiles y de divisiones nacionales-

Como tantas otras dinámicas en un mundo desequilibrado -donde demasiado poder y demasiadas decisiones se hallan en las manos de pequeños grupos adinerados-, los procesos de globalización son extremadamente ambiguos: prometedores y a la vez letales, enriquecedores para unos pero devastadores para muchos más, capaces de liberar la creatividad de grandes grupos al tiempo de ahogar la de muchos otros, estimulantes para la investigación en tanto que destructivos para el medio ambiente, reconfortantes para mucha gente y sin embargo sujetando a regiones y naciones enteras a la más pusilánime servidumbre, ocasión de júbilo para multitudes y simultáneamente causa de muerte y otras pérdidas irreparables para millones de personas.

¿De qué lado estamos?

Como con muchas otras cosas en la vida, dónde nos encontremos define lo que vemos -y define también cómo lo evaluamos y nos relacionamos con ello-

Tal es, igualmente, el caso de los procesos de globalización que tocan ahora las vidas de cada ser humano sobre la tierra en estos tiempos nuestros.

Si uno (individuo, grupo, institución) parece beneficiarse de tales procesos -o cree poder beneficiarse de ellos tarde o temprano-, es entonces mucho más fácil apreciar las facetas positivas o promisoras de la globalización en curso. Si, además, uno tiene lazos muy débiles, o indirectos si acaso, con quienes cargan el peso y sufren las consecuencias negativas de tal proceso, será entonces más difícil para uno ni siquiera reconocer la posibilidad de dimensiones destructivas, letales, inherentes a la actual tendencia hacia la globalización. Si, encima, uno participa en decisiones definitivas de la globalización en una nación, región o institución -derivando de ello prestigio, ganancias, orgullo y otros privilegios anejos a esa participación-, es fácil terminar tan hondamente identificado con la tendencia en cuestión, que acabemos viéndola como natural, inevitable e impecable. Si, en fin, tales ventajas se ven amenazadas por cuestionamientos importantes, uno podría entonces sentirse empujado a usar todos los recursos accesibles para convencernos a nosotros mismos y a todo el mundo de que el proceso de globalización está más allá de cualquier reproche o examen ético.

El desafío ético a nuestras iglesias

A la luz de lo dicho, yo sugeriría que uno de los principales desafíos a las iglesias cristianas levantados por el carácter mixto de los procesos de globalización es un desafío ético.

Si nos tomamos en serio el llamado de Jesús a amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos -socorriendo al pobre, al hambriento, al sediento, al desamparado, al desnudo, a las viudas, los presos, los oprimidos-, deberíamos entonces anunciar y denunciar las dimensiones letales del proceso de globalización tal y como éste se orienta en nuestros tiempos y lugares. Si nos tomamos en serio el llamado a defender la vida -de todas las formas de vida, comenzando por las más vulnerables y amenazadas- como sagrada, ineludible misión de nuestras iglesias, entonces tenemos que ser claros y valientes (pero no menos persuasivos y eficaces) en la lucha contra políticas globales que empujan a tanta gente a la desesperación y la muerte en nombre de procesos supuestamente inevitables de modernización.

Si hay un aspecto macabro y venenoso de la 'ideología de la globalización', es, precisamente, su insidiosa tendencia a minar y erradicar cualquier debate ético acerca de la moderna economía capitalista noratlántica; su ambición de desacreditar, ridiculizar y en última instancia disolver cualquier discusión acerca de la legitimidad de los sacrificios y víctimas del 'libre mercado' y la 'libre empresa'; su convicción de que hemos ya alcanzado el mejor de los mundos posibles, donde lo que es finalmente coincide con lo que debe ser, y donde las únicas cuestiones morales que tienen sentido son, en realidad, cuestiones 'técnicas': cómo aprovechar mejor lo que de cualquier modo es ineludible y cómo lidiar con las inevitables fallas de este nuevo mundo.

Ante tal escatología secular, los cristianos -entre otros- estamos convocados a reclamar la intrínseca naturaleza ética de cualquier discusión y dinámica económicas (porque es justamente en la economía donde se decide la producción y distribución de todos los bienes materiales indispensables para sostener la vida); a cuestionar la capitulación servil de nuestra inteligencia y nuestra libertad (es decir, de nuestro espíritu) ante el poder desnudo representado en

esa visión apocalíptica; y a denunciar el carácter idólatra y sacrílego de tal visión del capitalismo. Este reto es también epistemológico: cuestionar la arrogante pretensión de conocer la totalidad de manera definitiva e irrefutable; de rehusar escuchar otras voces que aquéllas que confirman la 'ideología de la globalización'; de reducir toda posibilidad a la mera realidad predominante, lo que debe ser a lo que es, y, en definitiva, la libertad y creatividad tanto divina como humana a ninguna otra cosa que la sumisión a los poderosos.

NOTAS

(*) Ver, entre otros, el libro de Luis N. Rivera Pagán: *Evangelización y Violencia: La Conquista de América*. San Juan (Puerto Rico): Editorial CEMI, 1991.

(**) El número de Mayo de 1998 de la revista venezolana SIC trae un conjunto de artículos extraordinariamente pertinentes para este punto. Ver asimismo el artículo de William I. Robinson: "Globalisation: nine theses on our epoch," en *Race and Class* (1996) 18, 2: 13-31.

(Continuará y II: La Globalización como dadora de vida)

Otto Maduro es profesor de Cristianismo Mundial, Drew University, Madison, NJ

Añ el turismo siempre importa

"Yo me llamo Ramón Silva y trabajo aquí en el aeropuerto como maletero. Cuando llegan varios vuelos al mismo tiempo, hay que trabajar muy duro para atender a todos los turistas con rapidez. A pesar de la presión, siempre trato de ser amable, porque yo soy la primera imagen que ellos tienen de mi país."

Venezuela
25 Años
Corporación de Turismo

Con el turismo ganamos todos

69 Oficinas en todo el país

BANCO INDUSTRIAL DE VENEZUELA
¡Su más firme aliado!

E-Mail: biv@CCS.internet.ve